

EL PAPEL DE LOS SIMBOLOS EN EL PENSAR

Original: Wieslaw Strzalkowski, *The role of symbols in thinking*, parte II, Cap. V. del libro *El papel de la experiencia kinésica en la percepción y el pensamiento*. La traducción ha estado a cargo de Mercedes Sabio.

a) *La función de los símbolos*

PENSAR, en el sentido estrecho de la palabra, es una actividad llevada a cabo por medio de símbolos. Esta actividad, que creemos es de carácter motor, no se dirige a los objetos en sí mismos, como en el caso de la percepción o de la memoria, sino hacia sus sustitutos, que son los símbolos. Esta función específica del pensar nos libera de las ataduras del ambiente inmediato, y nos permite, por medio de la manipulación de símbolos, anticipar las situaciones remotas y prepararnos a actuar en su ausencia, como si ellas estuviesen actualmente presentes en nuestra experiencia directa de los objetos. Una de las características más sobresalientes del pensar es su tendencia a la economía. Los resultados que obtenemos pensando serían a menudo imposibles de alcanzar por la exploración directa del medio ambiente recurriendo a movimientos corporales, o exigirían enormes esfuerzos.

Si se compara con la percepción y la acción corporal, que están condicionadas por el medio ambiente físico, puede decirse que el

pensamiento consiste en la reacción a las circunstancias internas evocadas a nuestra voluntad, constituyendo ellas un modelo ideal para nuestra eventual experiencia con objetos. Este 'ambiente artificial' que llevamos dentro de nosotros es infinitamente mayor en extensión que aquel con el cual está en contacto actual nuestro cuerpo. Y crece en proporción a la actividad que ejerzamos sobre él, y nos permite prever no solamente los resultados de nuestras eventuales acciones, sino también prever los cambios que ocurren independientemente de nosotros en el universo físico según relaciones causales. Y éstas, según tratamos de demostrar,¹ se deben originariamente a la proyección de la experiencia motriz implícita en los movimientos corporales.

Los elementos de este ambiente artificial son los símbolos con los cuales operamos, teniendo a la vista sus propiedades según han sido establecidas por medio de nuestras operaciones previas. Su función es alentar actividades adicionales que serían imposibles siuviésemos que actuar sobre los objetos físicos. Siendo, en primer término, sustitutos para estos objetos, se convierten más y más en 'propiedad nuestra' permitiéndonos separarnos de lo irrelevante, en lo que concierne a nuestra eventual acción. Pero siendo sólo sustitutos, conservan su referencia a las eventuales situaciones perceptuales y a los objetos que representan. Esta referencia es muy evidente en el caso de símbolos de un grado bajo de generalización, pero tiene que ser aclarada en el caso de símbolos más abstractos, cuyo significado debe ser desglosado para que se muestre su papel de sustitutos.

Esta dificultad se debe al hecho de que los símbolos son de diversos grados de abstracción, y mientras más abstracto un símbolo, más difícil resulta referirlo a una situación perceptual que pudiese ser una ejemplificación de su uso. En nuestra época actual, cualquier experiencia puede convertirse en símbolo de otra, con sólo atribuirle esta función. Esto se debe a la relativa independencia del ambiente físico, que hemos adquirido como resultado del continuo perfeccionamiento de nuestra habilidad de simbolizar. Esta característica convencional del símbolo alcanza un grado muy alto en la matemática y en la lógica matemática. Los símbolos de un sistema de símbolos lógicos son intercambiables con los de otro sistema si las funciones a ellos asignadas son idénticas. Esto puede verse, por ejemplo, en los sistemas de lógica matemática en los que los

¹ Véase el Capítulo VI de mi obra, pp. 378-396.

símbolos de Russell y Whitehead pueden ser reemplazados por los del sistema de Luckasiewicz, de Tarski o de Lesnowski.

Lo mismo es cierto respecto a los símbolos lingüísticos cuando los de un lenguaje corresponden aproximadamente a los de otro, refiriéndose, en esencia, al mismo tipo de experiencia que es común al género humano. La posibilidad de traducción de un lenguaje a otro es prueba de esta elasticidad de los símbolos, y muestra también cuán injustificada es la pretensión de los behavioristas que han identificado las series de hábitos verbales con el pensamiento. Diversos sistemas de símbolos pueden ser sobrepuestos mutuamente, siendo un sistema susceptible de ser 'traducido' a otro, mientras que sólo parte del otro puede ser traducido al primero. Puede observarse esto en la geometría, en la cual el sistema de Euclides puede ser 'traducido' a la geometría de Kobaczewski. Pero no toda la geometría de este último puede ser traducida al sistema de Euclides.

Lo mismo vale hasta cierto punto en lo que se refiere a las relaciones interpersonales. Puesto que para entender a otra persona debemos conocer el significado de sus símbolos, podemos entenderlos en tanto le atribuyamos el mismo significado que ellos le atribuyen y esto depende de la similaridad de experiencias subyacentes a estos símbolos. Donde hay gran disparidad de experiencia, existe también una gran diferencia en el significado atribuido a los mismos símbolos por diferentes sujetos.

"Para el niño que está aprendiendo la tabla de multiplicar, $3^2=9$, posee, probablemente, un mínimo de significado" dice Joachim. "Es meramente, una de tantas cosas que está obligado a memorizar... Pero para el aritmético, $3^2=9$, es quizá un símbolo abreviado de toda la ciencia de la aritmética conocida en ese momento".²

Esta diferencia entre la actitud del niño y la del aritmético se debe a la diferencia que existe entre sus experiencias, en lo que se refiere a la manipulación de símbolos aritméticos. La diferencia en la comprensión del significado de un símbolo es una diferencia en el conocimiento de su función. El símbolo mejor comprendido es aquel que mejor podamos emplear en relación con otros símbolos que pertenezcan al mismo sistema, o en relación con la experiencia perceptual.

Mientras más se separa un símbolo de su origen empírico, más se convierte en una herramienta eficiente para la manipulación adicional. Por esta razón existe en las ciencias abstractas la tendencia

² HAROLD H. JOACHIM, *The Nature of Truth*, London 1939, p. 93.

a utilizar el símbolo convencionalmente. En este estado de gran abstracción alcanzado por ciencias tales como la matemática o la lógica, podría parecer que la deducción de la función de simbolización de la experiencia motora primitiva, que sirve el propósito de satisfacer una necesidad biológica, es difícil o imposible. No obstante, aun en este estado hay datos que señalan hacia un origen motor de los más elevados procesos mentales; y parece que la experiencia motora aumenta, más bien que disminuye, en estos procesos.

Los signos utilizados como símbolos pertenecen a la realidad perceptual, deben ser percibidos o recordados para ser entendidos como símbolos. Para que se nos muestren, deben ser producidos por nosotros, como en el caso de un sonido o de una marca en un papel. Pero esto sólo puede lograrse por medio del movimiento corporal. Aun en el caso de que otro produzca un signo material, debemos mirar o escuchar para poder ver u oírlo; y, una vez más, esto se debe a la experiencia motora habitual de nuestros sentidos, que generalmente anticipan el estímulo mismo debido al sentimiento general de anticipación. Como lo han demostrado numerosos experimentos en el caso de la lectura, los errores de imprenta a menudo son pasados por alto cuando nuestra anticipación de la letra o la palabra correcta reemplaza a la que es incorrecta.

En el caso de la memoria, el recordar un símbolo, de acuerdo con nuestro punto de vista, es el revivir actual de la experiencia motora envuelta en el haberlo oído, visto o producido en ocasiones previas. Por más incipiente que pueda ser esta experiencia, y por más esquemática que sea, debido al hábito en la forma de una 'imagen mental', por ejemplo, es, no obstante, una experiencia de carácter motriz. No reproducimos un ruido, gesto o imagen por sí misma, sino en relación con su función simbólica.

¿Qué significa esto? La forma más sencilla de comprender esta función de un símbolo sería señalar su origen en la magia. Se suponía que el quemar el cabello de alguien debía causar daño a la persona. Al mago no le interesaba realmente el cabello, sino la persona a la que debía perjudicar. El cabello era un símbolo, identificado, para el propósito de la acción, con la persona en contra de la cual esa u otra acción se dirigía. Lo mismo vale aun para los símbolos más abstractos. El sonido, gesto o imagen es producido activamente, de la misma forma que resultaba necesario que el mago tuviera el cabello. Se le presentaba como un objeto que facilitaba actos posteriores, actos que eventualmente cometería contra la persona, de ser ello posible.

A través de esta identificación de un objeto que es un símbolo, y la persona u objeto que representa, se confieren propiedades al símbolo, permitiendo así que pueda desarrollarse una acción sobre él, siendo este acto en realidad dirigido hacia aquello de lo cual es sustituto el símbolo. Pero ahora, si suponemos que el símbolo es producido muchas veces, y la misma acción es repetida, dirigida hacia distintas personas, la consecuencia natural sería que las propiedades de un objeto que es un símbolo no se tomarían en cuenta, debido a la acción simbólica. Y otra consecuencia sería que aún la relación entre el símbolo y los objetos que sustituye sugeriría una actividad simbólica adicional en vez de su significado original.

Este fenómeno puede observarse en alto grado en las etapas elevadas de simbolización, en las cuales se confiere muy poca importancia a las propiedades que posee una señal perceptible, que es el símbolo, bien sea una palabra escrita u otro signo cualquiera. Y a menudo, aún su significado original y la cosa que originariamente representaba llegan a carecer igualmente de importancia. Lo que es mantenido, sin embargo, es su capacidad para cierta manipulación con relación a otros símbolos del mismo tipo. Y para conocer su significado, basta colocarlo dentro del marco de todo el sistema de símbolos cuyas propiedades como medios de manipulación mental conocemos ya. Conocer el símbolo significa saber cómo usarlo.

Pero las propiedades de un símbolo como miembro del sistema de símbolos no son arbitrarias, sino derivadas de la expectación habitual de que el símbolo desempeñará un papel que no socavará la estabilidad de todo el sistema y de sus reglas. Estas propiedades que nos permiten manipular un símbolo, no obstante lo convencional que sea dentro del sistema, deben tener razones objetivas conectadas con las cosas que símbolos de grado inferior y pertenecientes al mismo sistema representaron originariamente. Según creemos, estos últimos símbolos sustituyeron originariamente los objetos hacia los cuales se dirigía la disposición motriz resultante de las necesidades naturales. Pero puesto que en el caso de frustrarse, esta capacidad motora se descargaba en los sustitutos de los objetos que identificaba con ellos, el resultado fue que cada 'deseo' era cumplido en esta identificación momentánea del ser viviente o del objeto con su símbolo. Aumentó la confianza del hombre en la posibilidad de satisfacer cada necesidad descargando su disposición motriz sobre los sustitutos que, debido a sus propiedades, facilitarían tal descarga.

La conservación del mismo tipo de objetos como símbolos, y su manipulación en la misma forma, se convirtió en garantía del éxito de la acción para la cual eran sustitutos. Esto dio a los símbolos una rigidez y fijeza que se perpetuó de manera que el mismo tipo de objetos representaba los mismos tipos de situaciones cuyo cambio sólo podía efectuarse por la manipulación de símbolos. La repetición de los mismos actos simbólicos, por medio de los mismos movimientos corporales sobre los mismos tipos de símbolos, dio a la simbolización su carácter formal y su exagerada importancia, que puede ser observada aún ahora. La invariabilidad de la actividad mágica dio a sus símbolos este carácter inmutable, y estas propiedades fijadas artificialmente, que también caracterizan a los símbolos del pensar.

b) *El origen de la tendencia a simbolizar según es explicada por el re-establecimiento de la experiencia motora y su fingida ejecución en objetos sustitutos*

Aunque en la ciencia moderna la manipulación de símbolos adquiere un carácter puramente convencional, llegando a un alto grado de abstracción, la función de simbolizar, según creemos, encuentra sus raíces en la lucha del hombre por sobrevivir y en sus necesidades emocionales. Esta función puede ser explicada en términos de la memoria, en sentido amplio, como resultado del resurgimiento de experiencia motora que se perpetúa no sobre los objetos comunes sino en sus sustitutos. Como hemos dicho al referirnos al recordar, cualquier objeto que 'nos recuerde' nuestra experiencia pasada nos permite 'repetir' esta experiencia y a menos que la percepción lo refrene, crea el estado de ilusión en el cual se satisface nuestra necesidad emocional. Los orígenes de la tendencia a simbolizar son los mismos del recordar. Cualquier objeto que se parezca al objeto hacia el cual nuestra actividad estuvo dirigida en el pasado, o perteneciente parcialmente al objeto o situación pasados, nos permite revivir esta situación y la actividad motora con ella vinculada.

Similaridad y contigüidad son susceptibles de ser explicados en términos de experiencia motora. Son las primeras, aunque ilusorias, etapas de la situación perceptual pasada que nos permiten descargar nuestra actividad motora. Esto puede observarse en ejemplos sencillos. Nuestro recordar, debido a la sensación de similaridad, es en verdad la re-enactuación de una experiencia motora pasada de-

bido al mismo elemento dado en la situación conocida en el pasado. Si tenemos un amigo de espaldas anchas que usara chaqueta gris, y vemos tal espalda en la calle, a menudo no dudamos en tocarle la espalda, exclamando, "¡Hola, Jorge!" y nos sorprendemos cuando resulta que la persona a quien nos dirigimos en esta forma resulta ser un desconocido. Al reaparecer, los elementos de la situación pasada nos dan una momentánea ilusión de la situación total, que desaparece inmediatamente, tan pronto es obstaculizada por los otros elementos de la percepción actual. Entonces nos percatamos de que hemos "identificado mal", y nos inclinamos a decir que la persona en la calle nos "hizo recordar" a nuestro amigo Jorge.

El caso es parecido cuando el recordar se debe a la contigüidad; es también debido a la identificación ilusoria de la situación presente con la pasada, con una diferencia, sin embargo: que el objeto que revivió nuestra experiencia motora pasada pertenecía de hecho a esa experiencia, siendo parte constituyente de ella. Esto podría ocurrir, por ejemplo, si nos encontramos en la habitación y en medio de los objetos que pertenecían a un amigo que ha muerto. La intensidad de las actitudes emocionales que reviven, a menudo no sólo nos recordarán a nuestro amigo, sino que crearán una 'ilusión' de su presencia debido a que el marco de las situaciones perceptuales del pasado que reaparecen, es el mismo.

El recordar por similaridad o contigüidad parece deberse al mismo fenómeno, a saber, a la capacidad de los objetos de reactivar la misma actitud activa que en el pasado, a pesar de lo fragmentario e ilusorio que pueda ser este proceso. La tendencia a sustituir un objeto con otro, una experiencia con otra conocida en el pasado, se deriva, según creo, de la capacidad de los objetos de despertar nuestra experiencia motora pasada. Sin embargo, este fenómeno de 'recordar' no es idéntico a nuestra función emocional de crear un sustituto para nuestras actitudes motoras reactivadas, ni a nuestra tendencia a simbolizar. Estas últimas funciones implican el 'tomar' activo de un objeto que 'nos recuerda algo' como sustituto de un objeto del pasado, y aplicarle la misma actividad. "Reminding of" is not the same as 'minding', observa el profesor H. H. Price en sus conferencias. "But 'minding' has its origin in the process of 'reminding'".*

Supongamos que nuestra tendencia emocional revivida del pa-

* N. del T.: Se cita directamente el original a causa de la imposibilidad de encontrar un equivalente exacto en castellano.

sado es de tal magnitud que todo nuestro cuerpo re-actúa sus tendencias a actuar, y que la tensión no disminuirá a menos que una actividad de algún tipo se lleve a cabo. ¿Qué ocurrirá entonces? El objeto que suscitó en nosotros tal actitud corporal se convertirá en sustituto del objeto del pasado, sólo en el caso de que pueda aplicársele el mismo tipo de actividad que fue aplicada a los objetos respecto de los cuales fuimos activos en el pasado, o hacia los cuales tendíamos a actuar. Sin embargo, no todo objeto que 'nos recuerde' a una persona o a una situación del pasado será apropiado como sustituto para nuestras emociones y actitudes activas que resulten de él. Si la forma de una montaña recuerda a una persona enamorada la forma de la cabeza de la persona amada, difícilmente puede convertirse la montaña en un sustituto hacia el cual pueda expresar sus actitudes emocionales. Pero si la misma persona tiene un objeto que pertenece a su amada, o su retrato, estos objetos podrían convertirse en sustitutos para sus sentimientos, y llevar el estado de tensión emocional a su liberación por medio de movimientos corporales, tales como besar o abrazar.

El fenómeno del fetichismo sexual puede explicarse en términos de actitudes emocionales revividas, dirigidas, no hacia las personas, sino hacia los objetos que nos las 'recuerdan'. En la Edad Media, el culto exagerado hacia las imágenes sagradas y hacia las reliquias de los santos, es otro ejemplo de esta tendencia a tratar a los objetos que 'nos hacen recordar' como sustitutos, permitiendo la liberación de emociones y el despliegue de actividad.

No sólo los objetos sino también las personas pueden convertirse en sustitutos para emociones reprimidas, y las actitudes activas que surgen de ellos. La transferencia emocional, por ejemplo, desempeña un importante papel en el tratamiento psicoanalítico, en el cual la persona del psicoanalista sustituye a las otras personas del pasado del paciente, quien se comporta con el psicoanalista como se hubiera comportado, por ejemplo, con su padre. La disposición a actuar de cierta manera, suprimida por otras actividades 'conscientes', y reactivada durante el psicoanálisis, encuentra su salida en la persona misma del psicoanalista. Enamorarse, según Freud, se debe también al resurgimiento del 'complejo maternal o paternal', según el cual las actitudes emocionales de la niñez son proyectadas en el hombre o mujer 'ideal' que 'nos recuerda' a nuestra madre o a nuestro padre.

Lo mismo puede decirse de muchos 'gustos' y 'disgustos' personales que nos guían en nuestras relaciones con otras personas. Sin

saberlo siquiera, tratamos a estas personas como sustitutos de otras que suscitaron en nosotros, en experiencias anteriores, actitudes emocionales particulares y tendencias a actuar de cierta manera. Esta tendencia general en la vida emocional se debe a la 'anticipación' activa del resurgimiento de la experiencia y está basada en alguna medida en el hábito.

Pero no todos los 'objetos' que originariamente desempeñaron el papel de sustitutos 'de hecho' siguen desempeñando este papel. El cambio puede deberse a la 'corrección' que realiza nuestra percepción corriente del 'error' que surgiera en un intenso estado emocional en el cual identificáramos hasta cierto punto a un objeto con aquellos que fueron objeto de emociones previas; o puede ser debido a nuestras actividades ulteriores, dirigidas hacia un objeto, que resultan en la aniquilación de su papel de sustituto. El primer caso sería el de una fotografía de una persona que echamos de menos. Aunque un momento de intensa nostalgia hace surgir en nosotros la inclinación a besarlo, en un estado de ánimo más sobrio, se nos presenta como un objeto que sólo guarda parecido con esa persona. Por otro lado, si una persona, luego de la muerte de su hijo, adopta a otro niño con el propósito de tener la ilusión de que su propio hijo vive, cambiará, al desarrollarse su amor por el niño adoptado, quien, con el tiempo, asumirá el papel de objeto apropiado para las emociones del padre, estimuladas por las cualidades propias del niño adoptado y no las del niño muerto, a quien se deseaba originalmente sustituir.

Pero hay situaciones en las cuales la actividad dirigida hacia un objeto sustituto es de vital importancia, como creadora de la ilusión de la re-actuación de la situación pasada en la cual el hombre está exclusivamente interesado y que sólo puede satisfacer sus necesidades emocionales. Éstas pertenecen a los deseos no satisfechos del pasado, en los cuales la aptitud motora ha sido detenida por circunstancias desfavorables, pero que tiende a revivir cuando quiera que cualquier elemento de la situación pasada reaparezca y sea tomado como la situación en sí misma, debido a la falta de discriminación resultante de la falta de desarrollo de la experiencia. Estas situaciones se dan por igual en el comportamiento de tribus primitivas, como en las ficciones infantiles y las fantasías de los enajenados.

El grado de creencia en la identidad del objeto-sustituto y el objeto original hacia el cual la disposición motora estaba dirigida puede variar, pero el estado de ilusión permanece. Y es este grado

de ilusión el que es responsable de la identificación tanto de objeto-sustituto, como de la acción aplicada a él con la experiencia originaria de la cual se ha originado la disposición motora 'deseo'. La aptitud motora y la anticipación de la satisfacción emocional están a la base de este fenómeno.

Para explicar cómo desde nuestro punto de vista la tendencia a la simbolización surgió de esta actividad dirigida hacia objetos-sustitutos, y llevada a cabo en el estado de su identificación con los objetos que reemplazaban, debemos explicar el 'deseo' o intención primitivos como una función de carácter motor. Cada actividad emocional de carácter 'instintivo' crea desasosiego en el organismo cuando es interrumpida o frustrada de alguna manera. También es causa de que cuando quiera que algo que estimule esta actividad aparece de nuevo, esta actividad reviva en la forma de 'imágenes' que son las anticipaciones de estimulación adicional de los sentidos, y hasta se convierta en movimientos externos, siendo ellos la repetición de aquellos que en ocasiones previas proveyeron la satisfacción biológica necesaria.

La palabra 'deseo' es utilizada en la presente etapa para describir el estado en el cual nos encontramos en presencia de una imagen mental de un acto que ha logrado la satisfacción y nos sentimos prestos a comenzar esta acción por medio de movimientos corporales. Pero la palabra 'deseo' difícilmente puede ser aplicada al estado más primitivo, puesto que la reacción motora sigue inmediatamente al estímulo sin mediación de imágenes. En este estado hay signo sensible y reacción motora. Esta reacción motora seguirá no sólo al conjunto completo de signos de la 'situación-signo' (utilizando la expresión de Ogden y Richards), sino a cualquier signo sensorial perteneciente a ambas experiencias. La tendencia a liberar energía motora sobre cualquier objeto-sustituto que provea el signo de la situación re-enactuada, está a la base de la memoria, en el sentido amplio, como hemos tratado de mostrar, y además, a la base de todos estos fenómenos, en los cuales la identificación entre el objeto original y su sustituto se mantuvo en beneficio de la acción. La reaparición continua de los mismos objetos que sirven como medio para la re-enactuación de situaciones 'deseadas' es, según creemos, el origen de los símbolos, cuyo papel primario fue el de facilitar a la humanidad primitiva la satisfacción de sus necesidades emocionales con la ficción de que los fines han sido alcanzados.

c) *La manipulación de símbolos en la magia y en el pensamiento*

Estos caracteres de la mentalidad primitiva aparecen en la magia. Las necesidades emocionales son satisfechas por la acción dirigida hacia objetos-sustitutos, con la creencia de que los resultados afectarían los objetos que originariamente activaron la disposición a actuar. Una identificación a medias del objeto 'que recuerda' con el objeto original permitieron a la humanidad primitiva descargar energía motriz que de otra manera, sin ser empleada, hubiera causado desasosiego. La creencia universal en la eficacia de cualquier acción y especialmente de aquellas desarrolladas en circunstancias especiales, fortalecida por la sugestión de la persona del mago, y por su carácter solemne e inmutable, creó la anticipación de que cuando quiera que cierta acción se aplicara a un objeto-sustituto, sus resultados tendrían consecuencias de largo alcance sobre la re-enactuación de la situación deseada. La importancia atribuida a la representación en sí, y a los objetos que sirven de sustitutos, fortalecidos por el hábito, daban a la representación y a sus objetos el carácter de símbolos de las diversas situaciones deseadas que representaban.

En las formas más sencillas de la magia, los actos simbólicos suscitados por la predisposición emocional, y los objetos hacia los cuales se dirigen, están tan íntimamente ligados con los objetos originales que suscitan la emoción, que su identificación con el objeto original se acepta sin que exista motivo de dudas. Esto puede verse en muchas descripciones de magia en los escritos de los antropólogos. Ejemplos muy conocidos aparecen en *The Golden Bough* de Frazer:

“A veces, una mujer aina intentará deshacerse de su marido envolviendo su adorno de cabeza en forma de cadáver y enterrándolo profundamente mientras murmura la plegaria de que su esposo se descomponga y muera junto con el aderezo.³

Cuando un indio Ojebway desea hacerle un mal a alguno, talla una pequeña imagen de madera de su enemigo y le atraviesa una aguja en el corazón o la cabeza, o le dispara una flecha, con la creencia de que cuando la aguja o la flecha alcance la

³ SIR JAMES GEORGE FRAZER, *The Golden Bough*, London 1890, p. 60.

imagen su enemigo sentirá en ese mismo instante un agudo dolor en la parte del cuerpo correspondiente; pero si su intención es la de matar a la persona, quema o entierra el muñeco, pronunciando ciertas palabras mágicas al hacerlo.⁴”

Estos ejemplos muestran la re-enactuación de la situación deseada, pero los objetos hacia los cuales se dirige esta actividad pueden considerarse ya como prototipo de símbolos. Aunque se ejecuta sobre ellos la totalidad de la acción, el significado total de esa acción se revela sólo con relación a los objetos originales que deben ser afectados como resultado de la acción realizada con los sustitutos. Este último ejemplo es también característico porque el objeto-sustituto sobre el cual se llevó a cabo la acción tuvo que ser producido (en forma de imagen de madera), cosa que nos lleva a pensar en la producción de símbolos para operar sobre ellos en nuestra presente etapa de simbolización. A propósito de esto podemos decir que en muchas prácticas de la magia existen otros factores que aquí no tomamos en cuenta intencionalmente, tales como la influencia del antropomorfismo primitivo, la creencia en la omnipotencia de la voluntad, y la introducción de los símbolos lingüísticos. Hemos discutido estos factores en otra parte de este trabajo y su influencia no contribuye directamente a lo que queremos ilustrar aquí.

Muchos ejemplos interesantes pueden ser hallados en un libro más recientes de Bronislaw Malinowski,⁵ que describe las costumbres de las tribus primitivas de las islas Trobriand. Este libro, que se ocupa principalmente de la agricultura de estas tribus, muestra el papel relativamente sencillo de la magia comunal en el mejoramiento de la cosecha para la comunidad. Esto se lleva a cabo bien sea por medio de ritos derivados directamente de la repetición, por un mago, de las labores agrícolas cotidianas de los habitantes; o por medio de la representación de estas acciones acompañada por el hechizo dirigido hacia las plantas. Esta primera forma de magia en las islas Trobriand ilustra nuestra tesis de que la forma rudimentaria de simbolización proviene de la tendencia a re-presentar la situación deseada por medio de objetos-sustitutos. Al describir la magia del crecimiento en los jardines Omarakana, dice:

“El mago debe, en cierto modo, trabajar arduamente. En una rápida sucesión de ritos, debe anticipar cada etapa del creci-

⁴ SIR JAMES GEORGE FRAZER, *The Golden Bough*, London 1890, p. 60.

⁵ BRONISLAW MALINOSKI, *Coral Gardens and their Magic*, London 1935.

miento de los jardines y estimular las diversas fases cruciales del desarrollo de la planta. . . él 'despierta al retoño'; él 'impulsa al retoño a atravesar la superficie'; él 'hace surgir la cabeza' del taytu; él 'hace algunas ramas' del taytu; él 'cierra el dosel' del taytu. Entonces, descendiendo de nuevo a las raíces, él 'abre la multitud de racimos'; él 'entierra los tubérculos en la tierra'. Así, siguiendo de cerca el consabido desarrollo de una planta, lo impulsa a seguir su curso añadiendo el poder favorecedor de la magia al poder natural de la tierra.⁶ ”

Pero los hechizos no tienen nada de misterio en sí mismos, siendo la re-presentación de una acción actual desempeñada por el mago, quien dirige su exhortación a las plantas, siendo esto comprensible en esta etapa antropomórfica. Son, al mismo tiempo, la anticipación del efecto buscado, o, como los describe Malinowski, “un estímulo directo al crecimiento y, parcialmente, un pronóstico optimista de la cosecha venidera”. Uno de estos hechizos de la fertilidad es el siguiente:

1. “Oh bambú de muchas hojas, oh bambú
 Oh mangle de muchas hojas, oh mangle
 Oh taytu de la loma; Oh taytu del montículo
 Eleva tu tallo, oh taytu. Hazlo sobresalir, hazlo yacer.
2. El ñame brota, el ñame brota, el ñame brota.
 El ñame brota y huele a nido de gallina.
 El ñame brota y huele a mangle.
 El ñame brota y huele como tierra que circunda a un árbol
 [desenterrado.
 El ñame se parece a un hormiguero.
 El ñame se parece a una cueva.
 El ñame se parece a un coral.
 Sea tu crecimiento como el vuelo de un papagayo verde.
 El taladrar de tus raíces como el roer de las ratas.
 Que tu alcance sea el alcance de un ladrón.
3. Pues estos son mis ñames, y toda mi parentela los comerá.
 Mi madre morirá de empalago. Yo moriré de repleción. El
 hombre que carga los ñames jura por la ira de su madre.
 Se queja: ‘Los ñames me hacen doblegar la cabeza, aplas-
 tan mis hombros.’ Gime: ‘Yakakakaka.’ ”

⁶ BRONISLAW MALINOWSKI, *op. cit.*, p. 139.

⁷ BRONISLAW MALINOWSKI, *op. cit.*, p. 146.

Tal como podemos ver en este último hechizo, que puede ser ya considerado como una forma primitiva de pensamiento con símbolos lingüísticos, la re-presentación del crecimiento del ñame, con sus efectos exagerados, no es sino la re-presentación de la situación perceptual deseada. En esta re-presentación de la situación deseada (hacia la cual está dirigida nuestra disposición motora) pueden encontrarse en embrión los elementos que aparecen en el proceso de pensar. Los medios por los cuales la ilusión del estado de satisfacción es alcanzada representan el mismo papel que representan los símbolos en el pensamiento. Ellos "representan" los objetos y las situaciones que se hallan fuera del alcance perceptual inmediato. Se da por sentado que la actividad dirigida a ellos debe afectar a los objetos que sustituyen.

En cada representación mágica podemos distinguir dos fases de esta actividad. Son ellas el estado inicial correspondiente al estado de la situación perceptual, y el estado de cambio luego de la ejecución del acto mágico, al cual según la creencia primitiva, correspondería un cambio similar en la realidad perceptual. Estos dos estados son también característicos de nuestro pensamiento. Son ellos: el estado anterior al juicio y el estado de cambio en nuestro pensamiento luego de realizado el juicio. La confianza subyacente a un acto mágico presupone que cuando quiera que pasemos por medio de nuestra manipulación de símbolos desde el estado inicial A al estado final B, ocurrirá el cambio correspondiente en la situación perceptual desde el estado 'a' al estado 'b'. Pero lo mismo podría decirse del pensar. Cuando pasamos por medio de la manipulación de símbolos desde el estado inicial al estado final en el cual se realiza el juicio, tenemos la confianza de que éste es aplicable a los objetos o las clases de objetos que son representados por estos símbolos. No tomamos en consideración un juicio a menos que confiemos que es aplicable a las experiencias que representa.

Todo nuestro pensar se da en la forma de anticipación, aunque esta anticipación casi equivalga a la certeza, como en el caso de los razonamientos matemáticos. Aunque lleguemos a un juicio por medio de la inducción o la deducción, cada juicio es la anticipación de que, por medio de la manipulación de los símbolos, puede esperarse cierto tipo de situación, ya sea como experiencia directa de nuestros sentidos o en las relaciones entre los símbolos que son reductibles en última instancia a alguna realidad perceptual. Sin embargo, esta anticipación es distinta de la anticipación característica de la actividad mágica. Se debe esto a la evolución de la expe-

riencia humana en general y a la continua 'corrección' de anticipaciones falsas por medio de la percepción. Esta diferencia puede elucidarse mejor si comparamos dos actitudes de anticipación pertenecientes a distintas etapas del desarrollo humano: aquella derivada de la actividad mágica, y la que es característica del pensamiento científico.

Si un mago lleva a cabo un acto mágico con objetos-sustitutos, que, supuestamente han de hacer daño a la persona hacia quien dirige el acto, su anticipación sería la de ver a la persona en cuestión perjudicada como resultado de su manipulación de los símbolos. Pero si un químico, luego de manipular símbolos llega deductivamente a la conclusión de que la sustancia que investiga es un ácido y que como tal colorearía un papel tornasol de rojo, esperaríamos una situación perceptual en la cual esta sustancia, al entrar en contacto con el papel, realmente se tornaría roja. La diferencia entre esas dos anticipaciones no estaría tanto en la influencia de los símbolos en la situación perceptual eventual, sino en el papel atribuido a la acción ejercida con ellos.

En el caso de la magia, la acción ejercida sobre los símbolos, extrañamente, no es lo bastante 'simbólica', siendo considerada dentro del marco de la creencia natural en la omnipotencia de cada deseo que afecta, no solamente a la situación-símbolo, sino también a la situación objetual. Esta confusión es debida al hecho de que en esta etapa de desarrollo, el objeto-sustituto que permite al mago ejecutar una acción es identificado con el objeto que sustituye. En la etapa actual, sin embargo, no creemos que, al producir un símbolo producimos al mismo tiempo el objeto que representa. Si, por ejemplo, pronunciamos la palabra "gato", no creemos que el objeto que representa se presentaría a nuestros ojos ni que oiríamos su maullido.

La disociación entre un símbolo y el objeto que representa se ha efectuado como resultado de nuestro uso de símbolos en ausencia de objetos, y de realizar con ellos operaciones que difícilmente podríamos realizar con objetos. Los ejemplos de tales operaciones mentales que podrían realizarse con símbolos pero no con los objetos serían aquellas como la de agrupar a todos los gatos con el propósito de emitir el juicio de que "todos los gatos son animales", etc.

Pero a pesar de todas estas diferencias, queda en nuestro uso actual del símbolo, algo del papel que desempeñara en la magia. Ello es que, cualquiera que sea la acción que realicemos con los

símbolos, creemos que su efecto sobre la situación-símbolo sería idéntico a los efectos de acciones similares realizadas con los objetos mismos, dado el caso de que tales acciones fuesen físicamente posibles. Esto resulta especialmente evidente en los casos de la historia de los descubrimientos científicos citados por Rignano, casos de razonamientos que son experimentos imaginarios. Uno de ellos es el razonamiento que llevó a Galileo a “demostrar” que las velocidades de dos cuerpos que caen no dependen en absoluto de sus respectivos pesos. Este “experimento mental” fue realizado por Galileo por medio de “imágenes” que eran símbolos de los objetos reales. Y su anticipación en lo que atañe a los objetos reales se derivó de los resultados alcanzados por medio del manejo de sus “imágenes”. Galileo describe su experimento mental de la siguiente manera:

“Me representé dos cuerpos de igual masa y peso, tales como dos ladrillos, cayendo desde la misma altura en el mismo momento. Es obvio que estos dos cuerpos descenderán con la misma velocidad... Si esta velocidad fuese a ser aumentada por algún otro cuerpo, este último debería, necesariamente, desplazarse a mayor velocidad. Pero si imaginamos que los ladrillos caen unidos y adheridos el uno al otro, cuál de ellos será el que, añadiendo su ímpetu al otro, es capaz de doblar la velocidad del otro, puesto que esta velocidad no puede ser aumentada por la concurrencia de otro cuerpo si el último no se desplaza a mayor velocidad? Por esto es preciso convenir en que la unión de dos ladrillos no altera su velocidad original.⁸”

Los resultados de este experimento imaginario, que pueden ser considerados como resultados alcanzados por medio del manejo de “imágenes” utilizadas como símbolos de objetos reales, hizo que Galileo anticipara que en el caso de un experimento similar con objetos perceptibles, se repetirían los mismos resultados. Esta anticipación se basaba en la actitud activa de Galileo para con sus propias “imágenes” que revivía como medio para alcanzar su fin, utilizándolas como instrumentos para la acción que estaba preparado a realizar por medio de movimientos corporales si su experimento mental demostraba que tal empresa valía el esfuerzo. Sin embargo, aunque fuese un agente activo en su experimento mental,

⁸ EUGENIO RIGNANO, *The Psychology of Reasoning*, London 1923 p. 75.

la acción que ejecutó allí fue acción sobre símbolos a los cuales atribuyó las propiedades de los objetos conocidos en la experiencia perceptual. Tal como su anticipación de que este experimento sería válido al aplicarse a la realidad perceptual, fue fortalecida por su confianza en sus propias "imágenes" y su correspondencia a la realidad perceptual, esta acción mental fue también modelada a base de la posible acción real aplicada a los objetos de la percepción.

Puesto que las "imágenes", como hemos intentado demostrar antes, consisten en el reavivamiento de la percepción, y la acción mental es el revivir del estado incipiente de la acción corporal, el "experimento mental" de Galileo es de carácter motor. Por esto, la anticipación de la situación perceptual fue del mismo tipo que la que se suscita cuando ejecutamos ciertos actos corporales y esperamos siempre los mismos resultados. Sin embargo, el hecho de que Galileo experimentara con símbolos y no con ladrillos reales no lo llevó a creer que sus actos mentales afectaron a los ladrillos reales, puesto que no identificó a sus símbolos con las cosas que sustituían, como lo haría el mago. Su interés en su acción mental no fue práctico sino especulativo. Quería saber, por medio de ella, qué ocurriría si realmente ejecutara la misma acción con objetos perceptuales por medio de movimientos corporales; y los resultados alcanzados con sus "imágenes" le sirvieron de modelo para las cosas reales y sus cambios eventuales.

El caso del mago es distinto. Al llevar a cabo una acción por medio de movimientos corporales sobre una imagen de madera, por ejemplo, cree que está actuando sobre la persona que el objeto sustituye. Esta creencia le hace esperar que la misma acción realizada sobre la imagen realmente sucederá y afectará a la persona. Y, de nuevo, al ejecutar la acción simbólica en el objeto-sustituto, cree que la realiza en la persona que este símbolo sustituye. La base de esto es la creencia en la omnipotencia de cada deseo o acción, que discutiremos más adelante en relación con el problema de la causalidad. Hágase lo que se haga a un símbolo, ello realmente sucede a la persona u objeto que representa —esta es la posición del mago. Lo que puede hacerse con el símbolo como símbolo puede llevarse a cabo con el objeto que sustituye; y si el mismo tipo de acción llegara a realizarse realmente, se obtendrían los mismos resultados que fueran anticipados por la representación simbólica.

El mago espera que las relaciones que impone a los símbolos

reaparezcan entre los objetos que ellos representan. El científico espera que las relaciones halladas mediante su actividad con los símbolos, sea modelo de aquellas que existen en el universo. La diferencia esencial es la que existe entre la subjetividad de la mentalidad primitiva y la objetividad del pensar moderno. Pero a pesar de esa diferencia, las similitudes entre los dos procedimientos parecen señalar el origen común del uso de símbolos y la actividad con símbolos que se da en la magia y en el pensar.

Si este origen pudiera demostrarse definitivamente, ello sería un gran paso hacia el reconocimiento del carácter motor de nuestra actividad de pensar. Si nuestro pensamiento fuese un "descendiente" de la magia, las operaciones mentales heredarían el carácter motriz de los movimientos corporales que realiza el mago. Serían entonces las incipientes experiencias motrices en las cuales el movimiento actual, en vez de ser ejecutado como en el caso de la magia, sería sólo "pensado" o "imaginado". El lazo entre el contenido de pensamiento objetivo que representa las relaciones, y la satisfacción subjetiva del "deseo" en el símbolo, como en el caso de la magia, podría ser provisto por el proceso de desarrollo de la causalidad primitiva hacia el sistema objetivo de relaciones independientes de nuestro deseo, y dependiente de las propiedades del mundo que se descubre al operar con objetos (en la actividad práctica), o por medio del manejo de símbolos.

Este tender desde la subjetividad pura hacia la objetividad puede verse ya en la magia en la cual la acción realizada sobre un objeto-sustituto, al no dar los resultados esperados, se convierte en actividad mágica dirigida hacia las "influencias malignas" que frustraron el primer intento. Este es ya el primer paso, dentro de la magia misma, hacia el reconocimiento de cualidades objetivas de los objetos y situaciones, aunque aún entendidas de forma antropomórfica. Pero este problema está vinculado con el problema de la causalidad, sin el cual ni la magia ni el pensamiento pueden ser comprendidos. Este problema es analizado en el capítulo VI de esta obra.

d) *Las etapas intermedias entre la magia y el pensamiento*

Si nuestro supuesto de que los símbolos del pensamiento tuvieron su origen en los de la magia y las actividades mentales de las actividades del mago resultara ser cierto, debía sernos posible encontrar las etapas intermedias en las cuales el mismo tipo de

símbolos, aún en el mismo individuo, sirven para ambos propósitos. Debería sernos posible encontrar los ejemplos en los cuales, en un caso, el manejo de los símbolos sería efectuado con el propósito de acarrear efectos en la situación perceptual; mientras que en otra ocasión sería sólo la anticipación de lo que podría pasar realmente, independientemente del deseo o de la intención. Más aún, debería sernos posible hallar el uso de las mismas acciones simbólicas ejecutadas por medio de movimientos corporales, tanto en el pensamiento como en la magia. Ese tipo de ejemplo puede hallarse, según creo, en la actividad de los antiguos profetas, según es descrita por Lods.⁸ Esta actividad se llevaba a cabo por medio de acciones simbólicas cuya intención era o bien producir efectos en los acontecimientos reales (como en la magia), o sólo representar un acontecimiento futuro. Que estas acciones simbólicas puedan ser explicadas como la intención de los profetas de impresionar a sus oyentes es descartada por el autor con las siguientes palabras:

“Estos (hechos) han sido, y aun son frecuentemente interpretados como ‘gestos simbólicos’, como una especie de parábola en acción, inventada y representada por los profetas con el propósito de fortalecer la impresión que deseaban causar en su público. Pero esta explicación aplica sólo a algunas de estas escenas; no podría ser aplicada a aquellas que no fueron observadas por un público, y no explica la considerable importancia que tanto los profetas mismos como el público le adjudicaban.¹⁰”

Se pensaba que algunos de estos gestos, como algunas de las palabras, “tenían una influencia definitiva sobre el futuro”. Esta influencia mágica de las palabras o actos de los profetas es descrita de la siguiente manera:

“Jeremías destruye o construye, arranca o siembra reinos con sólo predecir su destrucción o su restauración. Con mayor seguridad aún las acciones del hombre de Dios hacen vislumbrar los acontecimientos futuros que simbolizan.”

⁸ ADOLPHE LODS, *The Prophets and the Rise of Judaism*, London 1937. pp. 53-54.

¹⁰ ADOLPHE LODS, *op. cit.*, p. 53.

Vale la pena, desde nuestro punto de vista, señalar estas acciones, o, más bien, “extraños actos que (los profetas) se sienten obligados a realizar”. Ellos representan, por medio de los movimientos corporales de los profetas, el estado de cosas previsto por ellos o que quieren suscitar. La falta de una línea de demarcación clara demuestra cuán cerca se encontraban ambas cosas en la mentalidad primitiva. También Lods hace hincapié en esto, diciendo:

“Uno se pregunta si el acto del profeta debía afectar el futuro o si el futuro se reflejaba en el acto de hombre de espíritu.”

La característica llamativa de estos “actos” destacados por Lods, es el hecho de que “el acto que acompaña a la profecía era parte, y parte que ya se había ‘realizado’, del acontecimiento predicho; y por ello, garantía de que el todo pronto se consumaría”. Esto parece señalar hacia la característica, subrayada por nosotros, del pensar como la anticipación de la situación perceptual, llevada a cabo por medio de símbolos. Pero en el caso de los profetas, los símbolos mismos eran los objetos y los gestos. Los ejemplos de este tipo de representación simbólica son muy esclarecedores:

“Isaías, caminando por las calles desnudo y descalzo prefiguró el cautiverio de los Egipcios y los Etíopes; . . . Al ambular con un yugo al cuello. Jeremías predijo que los Caldeos serían señores de todas las naciones del Asia Occidental; (Jeremías) . . . frente al palacio del faraón . . . colocó en secreto las bases del trono que poco después de su victoria erigiría allí Nabucodonosor.”

Entre numerosos ejemplos de este tipo, uno particularmente interesante que se refiere a Jeremías y a otro profeta llamado Ananías reza así:

“En el año 593, el cuarto del reino de Zedequías, Jerusalén se encontraba en estado de efervescencia: emisarios de los reinos de Edom, Morab, Ammon, Tiro y Sidón se reunían en concilio en la capital de Judea con miras a organizar una revuelta general en contra de los Caldeos.

Jeremías se presentó ante los embajadores con un yugo al cuello y les encomendó entregaran a sus amos un mensaje de Yah-

vé, mensaje que repitió para Zedequías. En esencia era: colocad vuestros cuellos bajo el yugo de Nabucodonosor. El yugo no es meramente el yugo de un hombre, sino que es un Dios, el Dios más poderoso de todos, quien os lo impone.

Como Jeremías continuaba su ambular por las calles portando su fatídico yugo, uno de los profetas que se le oponía, Ananías, en el curso de un trance estático que aumentó su fuerza diez veces, tomó el pesado trozo de madera y lo quebró diciendo: 'Así habla el Señor de las huestes, yo he roto el yugo del rey de Babilonia.' Las primeras palabras de Jeremías al oír la profecía de Ananías fueron: 'Amén: hágalo el Señor: cumpla el Señor las palabras que tú has profetizado.' Seguramente deseaba que Dios se propusiera revocar su sentencia.

Pero corto tiempo después recibió una nueva revelación. Yahvé sustituiría el yugo de madera con uno de hierro. En cuanto a Ananías, por haber hecho confiar a la gente en una mentira, moriría antes de transcurrir un año.¹¹ ”

Al analizar la autenticidad de estos acontecimientos, Lods señala¹² que no hay razón que induzca a dudar que los profetas vivieran estas experiencias, analizadas hoy por los psiquiatras modernos. Puede suponerse, según parece, desde nuestro punto de vista, que los profetas, al tener mayor interés vital en la predicción de estos acontecimientos, y bajo la presión de hondas emociones, revivieron en sí mismos modos de pensar más primitivos, a saber, la simbolización por medio de la re-enactuación real de movimientos corporales y el manejo de objetos perceptuales; y este nivel de simbolización es característico tanto de la magia como de nuestro pensar rudimentario.

Fuera de estos ejemplos tomados de la remota antigüedad, en los cuales es difícil determinar las fronteras entre el pensamiento y la magia, hay muchos otros ejemplos de nuestra vida moderna en los cuales el pensamiento se encuentra enlazado con la magia. Para citar algunos de ellos debo remitirme a la literatura polaca. En "Meleagro", el drama de Wyspianski, basado en la antigua leyenda, una madre, queriendo castigar a su hijo, hace arder la simbólica antorcha acarreándole la muerte. En un drama

¹¹ ADOLPHE LODS, *op. cit.*, p. 165.

¹² ADOLPHE LODS, *op. cit.*, p. 56.

moderno de Zeromski, "Sulkowski", Napoleón envía a su rival a una muerte segura haciendo un signo mágico con el pulgar. Que éstas no son sólo ficciones de los escritores sino descripciones de hechos psicológicos reales puede comprobarse si examinamos el comportamiento de nuestros conocidos o el propio. Los efectos desastrosos atribuidos por mucha gente a sus "malos deseos" puede explicarse por la tendencia mágica a atribuir el efecto en la realidad perceptual a la manipulación de símbolos, en este caso, por ejemplo, a "imágenes mentales". Muchas de nuestras supersticiones pueden explicarse a base de lo mismo; y muchas de ellas se refieren directamente a ciertos movimientos corporales tales como "tocar madera".

De particular interés son aquellos casos en los cuales la tendencia hacia el pensar mágico reaparece bajo la presión de emociones profundas, o en la gran agitación emocional de la locura. Parecen señalar hacia el resurgimiento del antiguo modo de pensar, que yace bajo aquel origen más reciente. Muchos de los actos realizados erróneamente, observados por Freud, pertenecen a esta categoría. El hecho de que sucedan estos fenómenos de carácter mágico paralelamente con nuestro pensar racional, y a menudo en el mismo individuo, parece ser significativo para nuestra tesis. Estos fenómenos dependen del estado de fatiga mental o tensión emocional en el cual nuestro pensamiento se torna "irracional", reviviendo la antigua senda de la simbolización, especialmente la de los movimientos corporales.

Por otro lado, hay muchas actividades en las cuales la línea de demarcación entre el pensar y la acción no está clara. Por lo menos algunas de ellas son de derivación mágica. Los símbolos utilizados en ellas son objeto de la percepción, y el manejo de estos símbolos es realizado por medio de movimientos corporales reales. Muchos de los tradicionales juegos infantiles y también los de los adultos, por ejemplo; pertenecen a esta clase de actividad. Los populares juegos de naipes también parecen ser derivados de la manipulación de las cartas mágicas de Tarot. Muchos de estos juegos que consisten en el manejo real de objetos simbólicos y que exigen un esfuerzo mental considerable, parecen señalar la estrecha relación que existe entre pensamiento y acción desempeñada por medio de movimientos corporales.

e) *La experiencia motriz en el proceso del pensamiento*

Según creemos, la experiencia motriz se incorpora a nuestro proceso de pensar de muchas maneras. Ante todo, toda manipulación de símbolos, desde nuestro punto de vista, es algún tipo de acción dirigida hacia símbolos. Para poder utilizar los símbolos, debemos "objetivar" la experiencia que es para nosotros un símbolo. Pero aparte de esta actividad, las experiencias que se convierten en símbolos para nosotros son de origen motor. Esto se aclara si examinamos varios tipos de símbolos.

Aunque un símbolo sea un objeto perceptual, es de origen motriz debido a que, como hemos intentado demostrar, la percepción de un objeto es debida a la anticipación de una experiencia motora. Si un símbolo es una "imagen mental", la experiencia que es tomada como símbolo es, de hecho, un caso de recuerdo en el sentido amplio; y es debido al resurgimiento de la percepción de la cual se ha originado esta "imagen mental". Cada sonido, imagen y gesto tomado por nosotros como símbolo, se encuentra en la misma situación puesto que deben ser percibidos para poder ser entendidos como símbolos.

Pero fuera de esta derivación, los símbolos que son "percibidos" deben también ser "producidos". Y esta actividad es de carácter motor, lo cual resulta evidente, por ejemplo, en el caso de símbolos verbales. Al producir una palabra en el habla debemos emitir un sonido; en el habla sub-vocal, tal como creen los behavioristas, debemos realizar los movimientos incipientes en la laringe y el pecho.

La producción del estímulo físico hacia el cual reaccionamos como ante un símbolo es realizada por medio de movimientos corporales, pero a menudo estos movimientos pueden ser reforzados con el trabajo de una máquina. Puede observarse esto en el trabajo de producir una palabra impresa, que consiste en el movimiento de la mano del impresor al acomodar los tipos tanto como en el trabajo realizado por la máquina impresora. Lo mismo vale para los otros objetos que son símbolos cuya producción puede ser el resultado de un largo proceso mecanizado. Un trono, una bandera o cualquier otro emblema debe ser manufacturado antes de que podamos reaccionar ante él como símbolo. El papel que desempeña la máquina puede ser considerado como una extensión de la acti-

vidad corporal del hombre, puesto que es planeada por un hombre que desea producir símbolos.

A pesar de la importancia que parezca tener la producción de símbolos como en el caso de los símbolos verbales, no creemos que su producción sea una característica esencial del pensar, aunque sea su *conditio sine qua non* material. Lo que sí resulta importante es el tomar activamente a la cosa como símbolo, cualesquiera que sean sus formas de producción. La producción de los símbolos por medio de la actividad de nuestro propio cuerpo parece tener más el carácter de una "comodidad" puesto que "llevamos nuestros símbolos" con nosotros; siendo capaces de producirlos según nuestra voluntad, como en el caso del habla; y así podemos manejarlos más fácilmente. Pero si los objetos materiales pueden desempeñar el mismo papel, los aceptamos como sustitutos de los símbolos producidos por nosotros mismos, como puede corroborarse en muchos inventos modernos tales como la máquina de sumar. Pero si los objetos producidos por ellos carecieran de significado, todos estos artefactos hubieran sido inútiles de no atribuírseles su función simbólica. Este significado atribuido a símbolos que no son producidos por nosotros sino comprendidos, no se limita, por tanto, a los símbolos utilizados por otra gente.

f) *La variedad y división de los símbolos*

Todo símbolo, de acuerdo con nuestro punto de vista, es de carácter motor. Para su producción o reconocimiento es preciso tener una experiencia que al menos se haya originado en la experiencia del movimiento. A pesar de esta naturaleza general de los símbolos, pueden ellos ser sub-divididos de acuerdo con el tipo de experiencia (motriz en su origen) que tomemos como símbolo de otra cosa.

Si para producirlos debemos hacer un movimiento con todo el cuerpo o un movimiento de nuestras extremidades, podemos hablar de *gestos-símbolos*, ejemplos de los cuales hemos presentado ya. A menudo estos símbolos aparecen conjuntamente con movimientos corporales dirigidos hacia objetos perceptuales que son considerados símbolos. Tal combinación de símbolos ocurre, por ejemplo, cada vez que saludamos la bandera al ser izada en el asta. Muchos de los *objetos-símbolos* perceptuales tienen una función simbólica de carácter principalmente evocativo, pero hay otros que tienen un uso significativo. Al primer grupo podrían pertenecer la toga y el

birrete de una universidad; al segundo, los peones en el ajedrez o las cuentas del ábaco.

Los símbolos producidos por los movimientos de nuestras cuerdas vocales, lengua y movimientos incipientes del pecho pertenecen a la clase de *símbolos-verbales*. Las palabras escritas o pintadas pertenecen a la misma categoría aunque el papel desempeñado por la experiencia motriz en su producción es distinto; pero puede argüirse que para que llamen la atención es preciso llevar a cabo los movimientos que son necesarios para su producción, como si fueran enunciados por nosotros. Esta hipótesis es, empero, discutible. Sin embargo, aunque no hubiera necesidad de reproducirlos silenciosamente, pertenecen a la categoría de la experiencia motriz debido al carácter motriz de la percepción.

El amplio grupo de símbolos agrupado bajo el nombre de "*imágenes mentales*" es también resultado de la experiencia motriz, siendo, de acuerdo con nuestro punto de vista, instancias de memoria en el sentido amplio.¹³ A pesar de su carácter esquemático, creemos que son el reavivamiento de la actividad de la percepción y como tales no constituyen una excepción a la regla general. *Símbolos-pictóricos* tales como los que aparecen en la China o en los jeroglíficos egipcios constituyen una clase aparte.¹⁴ El percatarse de ellos se limita a la percepción visual.

Fuera de esta división de los símbolos de acuerdo con el modo de su producción o de su percepción, existen otras posibles divisiones. Tomando en cuenta el importante papel que desempeñan los símbolos en la vida práctica para la comunicación, todos los símbolos pueden ser divididos en dos grandes grupos, símbolos públicos y privados. Al primer grupo pertenecerían todos los símbolos cuya producción los hace asequibles a la observación exterior. Gestos-

¹³ Discuto este problema en la Primera Parte del Capítulo III de mi obra, dedicado a "La memoria en el sentido amplio", pp. 190-208, en la cual critico el uso ambiguo de la palabra "Imagen", y propongo que sea sustituida por la palabra "captación". Analizo allí, también, el problema de que si las imágenes de la memoria son distintas de los elementos de la percepción y la sensación, combatiendo el punto de vista de Bertrand Russell según es expresado en su obra *The Analysis of Mind*, Londres, 1924, en las páginas 145-156; punto de vista que sostiene que hay una diferencia esencial entre las imágenes y las sensaciones.

¹⁴ Puede argüirse también que las notaciones musicales y los símbolos lógicos y matemáticos constituyen una clase especial aunque su derivación probablemente sea la misma que la de los símbolos pictóricos.

símbolos, símbolos pictóricos y símbolos producidos por la palabra hablada, escrita o impresa pertenecerían a esa categoría. El segundo grupo consistiría sobre todo de "imágenes mentales". Sin embargo, esta última división no es esencial desde nuestro punto de vista. Ello se debe a que el problema de la comunicación no altera en ningún aspecto la naturaleza de nuestro pensamiento que es lo que principalmente nos ocupa aquí.

Aparte de las mencionadas divisiones, los símbolos pueden ser divididos de acuerdo con su uso en tres grupos: símbolos significativos, expresivos y evocativos. Sin embargo, esta división es difícil en la práctica, y esta dificultad surge, según creemos, debido al origen común de todos los símbolos en la experiencia motriz envuelta en actitudes emocionales hacia objetos-sustitutos. Por este motivo, aún los símbolos que se consideran generalmente como significativos, conservan algún rasgo de emoción, señalando así su origen en necesidades emocionales y biológicas. Por otro lado, símbolos considerados expresivos, i.e., que sirven sólo para aliviar presiones emocionales, muestran a veces que son reliquias de actos mágicos. Tal, por ejemplo, es la palabra "¡maldito!" que es la abreviación de un antiguo hechizo.

El uso evocativo de los símbolos es de poco interés para nosotros por no ser relevante con relación al problema del pensamiento, sino con el del uso de los símbolos en la comunicación.

Sin embargo, aún estos últimos símbolos fueron derivados originariamente de la expresión de emociones, y según creo, de la disposición a actuar. Puede verse esto, por ejemplo, en nuestro ejemplo de los profetas judíos que representaban sus acciones proféticas, no para el público, sino bajo la compulsión de sus propias emociones.

A pesar de sus variados usos en estos tiempos, todos los símbolos han sido derivados del mismo humilde origen en la disposición motriz insatisfecha dirigida por la magia hacia el objeto-sustituto.

g) *¿Podemos pensar sin símbolos?*

Una de las consecuencias del hecho de que los símbolos y la actividad aplicada a ellos es de carácter motor, es que están sujetos al hábito, como toda otra reacción motriz. La influencia del hábito sobre el pensamiento ha sido señalada por muchos filósofos. Maine de Biran y Ravaisson dedicaron trabajos especiales a este

problema. Insistieron en que la repetición de los mismos actos tiene un doble efecto en el pensar: aumenta la espontaneidad y la eficiencia del proceso del pensar, pero a la vez disminuye y debilita los elementos pasivos envueltos en el pensar.

El mismo tipo de fenómeno puede ser observado en el habla oral. A medida que adquirimos mayor destreza y la posibilidad de expresión más adecuada por la repetición de palabras conocidas, las palabras mismas sufren el proceso de acortarse y el esfuerzo necesario para producirlas muestra la tendencia a disminuir. Esto es singularmente llamativo en el inglés en el cual la pronunciación de la palabra "Gloucester" exige un esfuerzo mucho menor del que se anticiparía de su deletreo previo.

Sin embargo, esta tendencia hacia la parsimonia es menos pronunciada en el habla oral que en el pensar debido al uso de las palabras para la comunicación. Aun las palabras pronunciadas con el mínimo esfuerzo posible deben ser captadas por los demás. Tal limitación no existe en nuestro pensar. Aquí, la producción de símbolos sirve el solo propósito de su manipulación con el propósito de llegar a nuevos resultados. De manera que, si sabemos cómo utilizar nuestros símbolos, no necesitamos producirlos muy distintamente. Será suficiente la mera sensación de que tales y cuales símbolos en conjunción con otros símbolos nos proporcionarán los resultados especiales en la situación símbolo. Esto resulta especialmente evidente cuando pensamos por medio de símbolos verbales en el habla sub-vocal tan destacada por los behavioristas. Si pensamos palabras familiares, no nos resulta necesario producirlas para llegar a los resultados acostumbrados.

Lo mismo parece valer con relación a otros símbolos. La misma tendencia a la economía, según creo, puede explicar el carácter esquemático de las "imágenes" utilizadas en el pensar, las cuales al usarse en muchas ocasiones, resultan ser más esquemáticas que las "imágenes" originales de la memoria de las cuales han sido derivadas; siendo las "imágenes" de la memoria la "abreviación" de las situaciones perceptuales revividas. En las investigaciones perceptuales de la escuela de Marburgo, se ha descubierto que hay tal cosa como "pensar sin imágenes". Tal resultado es comprensible desde el punto de vista aceptado en esta tesis. Si sabemos utilizar los símbolos, nos preocupamos menos y menos por producirlos para nosotros mismos puesto que sólo con darnos cuenta de ellos "levemente" llegamos a los mismos resultados.

Siendo un símbolo una experiencia motriz, puede ser anticipado

por nosotros de la misma manera que podemos anticipar la eventual experiencia motriz en la percepción, teniendo un "signo visual". En vez de emprender el esfuerzo de producir una "imagen"; producimos el signo de su anticipación y la utilizamos como una imagen misma. Pero de esta forma pueden anticiparse no sólo símbolos particulares. Aún tendencias enteras del pensamiento pueden ser anticipadas teniendo tras de sí el fondo inconsciente de la experiencia de la manipulación de símbolos que podría ser producida como en ocasiones previas pero que no es actualmente producida.

Este tipo de anticipación del manejo de símbolos que sabemos utilizar es responsable, según creo, de la así llamada "intuición" intelectual de un gran descubridor o filósofo. Lo que en realidad ocurre es que un hombre con gran destreza en el manejo de los símbolos siente tales deseos de que se produzca el resultado de su especulación, que no reproduce realmente los símbolos habituales y las actividades mentales habituales sino que "salta" sobre ellas, alcanzando los nuevos resultados con un esfuerzo menor. Esto es debido a que muchas de las habituales manipulaciones de símbolos no envuelven ningún acto de selección, siendo conocidos sus resultados con anterioridad. Al anticipar estos resultados de manera abreviada, y tomarlos como dados hasta cierto punto, le es posible adelantar su pensamiento sin reproducir todas las etapas intermedias. En muchos famosos casos de descubrimiento, la "intuición" súbita del científico puede explicarse como el resultado de largos años de arduo trabajo manipulando símbolos y corroborando los resultados de estas manipulaciones de símbolos por medio de experimentos reales.

No fue mera casualidad el que Newton, en un instante de iluminación, descubriera la ley de la gravedad. Esto fue, probablemente, el resultado de su gran habilidad en la manipulación de símbolos y de la necesidad emocional de llegar a una conclusión satisfactoria de los problemas que lo habían ocupado por tantos años. Como dice Maine de Biran:

"Fort de ses habitudes heureusement persistantes, le génie parcourt, avec la rapidité de l'aigle, les plus longues suites des propositions, rapproche des masses d'idées, les annule, et, nouveau, géant, escalade les cieux.¹⁵"

¹⁵ MAINE DE BIRAN: *Influence de l'habitude sur la faculté de pensée*, Paris, 1805, p. 59.

La destreza adquirida en la manipulación de símbolos puede explicar el acortamiento del proceso del pensar. Muchos buenos jugadores de ajedrez no necesitan "imaginar" sus jugadas eventuales, la jugada correcta se les da espontáneamente, siendo casi una reacción motora instantánea a la situación perceptual. Tal reacción del pensar es el resultado del proceso abreviado del pensamiento que probablemente fuera llevado a cabo en un principio por medio de "imágenes" u otros símbolos (quizá kinestésicos).